

Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

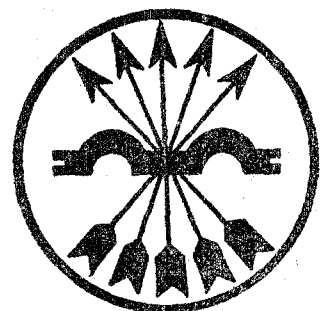
GRANOLLERS, 1 JUNIO DE 1941

NÚM. 40

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

EL SIGLO XIII Y SAN FERNANDO

«Aquella edad fué completa, aunque no fuese perfecta; logró encontrar su arte propio, su peculiar filosofía, los organismos sociales adecuados a sus funciones, con la independencia necesaria a cada uno para su cabal desarrollo; pero en íntima unión y trabazón unos con otros. La vida exterior se desarrolló próspera y fecunda, por lo mismo que la vida interior y espiritual era tan intensa. A quien busca el reino de Dios todo lo demás le será dado por añadidura. No hay medio tan seguro de caminar por la tierra como llevar puestos los ojos en el cielo. Los santos nos dan la clave de los sabios y de los héroes; en la vida oculta del asceta que parece ocupado tan sólo en el gran negocio de purificar y embellecer su alma para hacerla templo vivo del espíritu, se esconde a veces la revelación del gran misterio de la historia, oculto a los ojos de la filosofía carnal y parlera. Quitad del mundo a los que rezan, y habréis quitado a los que piensan, y a los que pelean por causa justa, y a los que saben morir. Ni ¿cuál será más adecuada preparación y más viril aprendizaje para las obras de la vida que traer continuamente delante de los ojos el espectáculo de la muerte libertadora y radiante, corona, triunfo y palma del generoso esfuerzo con que el varón justo va labrando y desbastando el mármol de su alma, herido por los reflejos de la Gracia? Al incrédulo que diga que tal cuidado es egoísta y superfluo, y que el hábito de vivir en las intimidades de la conciencia torna a los hombres inhábiles y los incapacita para la acción dejándolos a merced de las alucinaciones místicas, contesta victoriosamente la historia del siglo XIII, presentando a un tiempo en los vecinos tronos de Francia y de Castilla los tipos de monarcas perfectos, que son a la vez tipos de santidad levantados por la gloria a los altares. Gran administrador y organizador el uno, gran conquistador el otro; infelicitísimo el primero en sus empresas bélicas, porque así lo quisieron los altos juicios de Dios, cuanto afortunado el segundo en todo aquello en que puso la mano: héroe san Luis de paciencia y resignación en el infortunio, lo cual no es pequeño grado de heroísmo; héroe san Fernando de humildad y mansedumbre en la victoria, lo cual es quizá un grado de heroísmo más raro. .



«Fuera del exiguo y tributario Reino de Granada, no quedaba a los musulmanes en Andalucía ni un solo palmo de tierra, y eran tan grandes los pensamientos del Rey, que cada día le incitaban a la empresa de Africa, y seguramente hubiera atravesado el mar y perseguido a los benemerines en las mismas vertientes del Atlas, si Dios, que para probar la constancia de nuestra raza y depurarla en el crisol del infortunio, le reservaba todavía dos siglos más de lucha y una nueva invasión mauritana, no hubiese llamado al cielo el alma de aquel gran soldado de la Fe, que en sus documentos gustaba de llamarse con entera verdad «servidor e caballero de Cristo», «alférez del Señor Santiago cuya seña tenemos». El tránsito de San Fernando oscureció y dejó pequeñas todas las grandezas de su vida. Con la soga de esparto al cuello y la candela encendida en las manos, desnuda de todas las insignias y atributos de la majestad, sintió anticipadamente el sabor de la eternidad y se le hizo sentir a cuantos le rodeaban, ba-

ñándoles en lumbre y resplandor suprasensible, y pareció que aún en esta vida se le abrían y mostraban patentes las puertas de diamante de la Jerusalén celeste, donde penetró como regio triunfador a los tonos del *Te Deum laudamus* que le había acompañado en sus victorias; cubierto con el polvo de cien combates, ni uno solo contra cristianos.

«Al morir dejaba asegurada la reconquista; ensanchado casi en la mitad del territorio castellano con las tierras más fértiles, ricas y lozanas de España; abierto para Castilla el camino de los dos mares por larguísima leguas de costa; fundada la potencia naval, inaugurado el comercio con Italia y aún con las postreras tierras de Levante; atraídos por primera vez artífices y mercaderes a un reino donde antes sólo resonaba el yunque en que se forjaban los instrumentos del combate; floreciente el estudio de Salamanca fundado por su padre, y el de Valladolid que inauguró su madre; respetada dondequiera la ciencia de teólogos y juristas; traducido en lengua vulgar el Fuero Juzgo, y echados los cimientos de la unidad jurídica; triunfante el empleo de la lengua popular en los documentos legales.

«Tal fué la vida exterior del más grande de los reyes de Castilla; de la vida interior, ¿quién podría hablar dignamente sino los ángeles que fueron testigos de sus espirituales coloquios y de aquellos éxtasis y arrobos que tantas veces precedieron y anunciaron sus victorias? Pero aún en lo meramente humano fué tal la grandeza de san Fernando, que en aquel siglo, tan fecundo en grandes monarcas, ninguno puede encontrarse que ni en perfección moral, ni en la prudencia política, ni en el éxito constante y progresivo de sus empresas, a un tiempo militares y civilizadoras, pudiera disputarle la primacía...

«No fué el siglo XIII el más grande de nuestra historia, porque luego tuvimos otro de todo punto incomparable, en que el pensamiento y la acción de nuestra raza se desbordaron sobre el mundo entero; pero fué de todas suertes la España del siglo XIII memorable y providencial ensayo de la España del siglo XVI. Si en un hombre quisiéramos cifrar la grandeza de un período tan capital en la historia de los tiempos medios, como fué el siglo XIII, difícilmente hallaríamos alguno tan adecuado para el intento como el del Santo Rey que ganó para Cristo esta gloriosa ciudad de Sevilla, y que sigue guardándola y defendiéndola como numen doméstico y sombra tutelar.

«De los grandes reyes aragoneses no cabe duda que, bajo el aspecto del heroísmo bélico, no ceden el paso a nadie, y que con ser heroicas las conquistas de Sevilla y Córdoba, todavía hablan a la imaginación con más prestigio épico los trances de Mallorca y Valencia, o de la expedición a Sicilia, o de la heroica resistencia del Coll de Penissars. Pero, así en el Rey Conqueridor como en su hijo, el heroísmo no anduvo exento de sombras y flaquezas mundanas, ya de intemperancia, ya de rebeldía, propias de la áspera e indómita condición de los hombres de la Edad Media, por lo cual no se reveló plenamente en ellos el ideal del príncipe cristiano, aunque la grandeza humana brillase en su frente con desusados resplandores. La unión de la santidad y de la fuerza, el triunfo total del espíritu sobre los afectos domeñados, la perfección moral convertida en norma de república y buen gobierno, la vida de Gracia rigiendo la vida política, sólo en nuestro Santo Rey puede encontrarse.»—M. MENÉNDEZ Y PELAYO